

JOSÉ MARÍA ROSA

HISTORIA ARGENTINA

**ORIGENES DE LA ARGENTINA
CONTEMPORANEO**

**TOMO XIII
LA SOBERANIA
(1943 – 1946)**

EL BIBLIOTECOM



**EDITORIAL ORIENTE S. A.
BUENOS AIRES**

a María Rosa

EL BIBLIOTECOM

XI
LA REVOLUCION DE 1943

EL BIBLIOTE.COM

1. REVOLUCION DE 1943

El prestigio de Castillo cayó verticalmente el 17 de febrero de 1943 al exteriorizar que Robustiano Patrón Costas le sucedería en el gobierno.

La *década infame* no eran, precisamente, un modelo de virtud, aunque a Castillo lo salvaba “la hermosa condición de la austeridad” como dijo José Luis Torres y había demostrado patriotismo y fortaleza al resistir a las presiones norteamericanas.

Pero la nominación de patrón Costas significaba que el régimen se prolongaría indefinidamente con su secuencia de fraudes electorales y negociaciones más o menos a la vista. Además el manifiesto de los conservadores bonaerenses era explícito de que la “entrega” a la potencia vencedora, pese a las declaraciones sobre neutralismo, sobrevendría apenas terminase a la guerra. (si no antes).

En abril de 1942 el senado presidido por patrón Costas había considerado que Alberto Barceló era digno de representar la provincias de Buenos Aires; en septiembre el escándalo “de los niños cantores” mostraba que la corrupción había llegado a los huérfanos que manipulaban las extracciones de lotería¹; en mayo de 1943 José Luis Torres revelaba las vinculaciones del ministro del interior con los monopolios de granos².

La pérdida de prestigio de Castillo se sintió sobremanera en las filas militares, pese a los almuerzos semanales de Oliver. La desilusión ganó a todos los grados, y las conspiraciones recomenzaron. Los 20 meses de tranquilidad de la *pax Castellae* habían terminado. La ovación de la cena de camaradería del 7 de julio de 1942, no se repetiría en la de 1943.

Los generales Rawson y Menéndez, viejos conspiradores, se lanzaron abiertamente a buscar adeptos. Extraña que lo hiciera Medina, decano de los conspiradores, y algunos mal pensados lo atribuyeron a que fallecidos Justo (en enero de 1943), Medina no tenía papel a desempeñar.

Arturo Rawson, comandante de la Caballería, de antigua militancia nacionalista (de un nacionalismo personal), trabaja con un grupo de generales, almirantes y amigos civiles de las más heterogéneas procedencias políticas. Su propósito fundamental parecía ser la depuración de los elementos deshonestos. Aunque neutralista (por entonces) le preocupaba al desarme consiguiente a esa actitud: si llegaba al gobierno convocaría a una “junta de notables” para analizar el pro y el contra de mantenimiento de la neutralidad.

Benjamín Menéndez, nacionalista, era partidario decidió de mantener la neutralidad. Sus amigos, que conspiraron con él en septiembre de 1941, le permanecían fieles. Muchos civiles nacionalistas (entre ellos los hermanos Irazusta, regresados de sus ilusiones electorales) lo acompañaban.

Entre los militares no comprometidos – dejemos al GOU aparte – tampoco había caído bien la candidatura de patrón Costas. El cuadro de oficiales mayores no pensaba, indudablemente, en revoluciones y acataría lo que resolviesen los civiles (aunque, en realidad, se trataba de “un solo civil”). Pero el industrial salteño, de graves ademanes y poco cordiales palabras, no despertaba simpatías. Era la antítesis del sencillo y campechano Castillo.

“La imposición de un hombre identificado en el espíritu público con el oportunismo y el beneficio personal, ni como aprovechador de la industria del azúcar – una actividad protegida -, ni como veterana figura política estrechamente vinculada con los intereses británicos – dice Potash – inspiraba confianza en el sentido de que llevaría a la suprema magistratura un sentimiento de idealismo o propósitos elevados. La perspectiva de una presidencia de Patrón Costas suscitaba la profunda oposición tanto en los oficiales pro aliados como en los nacionalistas”³.

En el GOU, la posibilidad de sustituirse al poder civil no era compartida por nadie el lanzarse, en febrero, la candidatura Patrón Costa. A ningún oficial joven le gustaba Patrón Costas, que significaba la posibilidad – tal vez la certeza- de que se abandonaría la neutralidad, y la continuación del *régimen* con sus falsificaciones electorales y lastre de corrupción. Pero con una “revolución” que derrocarse al gobierno constitucional, Los podrían suponer conspiradores profesionales como Menéndez o Rawson, nunca militares *samaritanos* como creían serlos los jóvenes logistas. Y menos contra Castillo que, fuera de sus lazos con el *régimen*, demostró una conducta patriótica y austera, y no había dado – por lo contrario- motivos de queja al ejército.

¹ Los huérfanos encargados de extraer y cantar las bolillas de la Lotería Nacional, habían sustraído una bolilla a fin de “cantarla” cuando saliera el premio mayor de la jugada. La investigación correspondiente no llegó a un resultado completo porque se interpusieron – según se dijo – trabas insuperables, pero dejó huellas que no eran solamente los “niños cantores” los beneficiados del fraude.

² La acusación no fue contestada por el ministro, pero Torres quedó encarcelado en virtud de las facultades del estado de sitio; el diario nacionalista *Cabildo* donde salió la carta, fue sancionado.

³ Potash, ob. cit. 205

Tal vez no hubiera necesidad de derrocar al presidente para imponer un sucesor que no desagradase tanto como Patrón Costas a los jóvenes oficiales. Ni siquiera de hacerle un “planteo” (como en octubre de 1941), a lo menos un planteo tan decisivo como aquél. Bastaría que el ejército (por medio del GOU, desde luego) exigiera que las elecciones presidenciales fueran correctas en Buenos Aires y Santa Fe, para que la fórmula Patrón Costas –Iriondo naufragase. El presidente no podría oponerse, válidamente, a una formulación de esa naturaleza; solamente si la promesa no se hacía realidad el día de las elecciones, podría ejercerse en nombre del civismo, el privilegio de las armas que seguramente no sería necesario si se hacían bien las cosas, y el presidente se daba cuenta de que contra el ejército no le valdrían las agachadas catamarqueñas, pues todo era cuestión de oponer a Patrón Costas un candidato radical que podría ser Amadeo Sabattini, radical “intransigente” que acababa de hacer un buen gobierno en Córdoba y, sobre todo, se manifestaba neutralista, como un discípulo de Yrigoyen. Tal vez los radicales *unionistas*, pese a la posición belicista de la fracción, aceptaría a Sabattini si se les daba elecciones limpias. Pero, claro está, Sabattini debería comprometerse a mantener la neutralidad contra los embates *unionistas*, y no interferir demasiado en las cosas militares⁴.

El teniente coronel Miguel Ángel Montes, amigo personal de Sabattini, fue comisionado por la logia para entrevistar al político cordobés.

Pero la gestión fue un fracaso; Sabattini vivía mentalmente en 1916 y no en 1943. Se sentía una reencarnación de Irigoyen. La “esfinge de Villa María” (apodo popular del exgobernador) no quiso comprometerse a nada. Haría en el gobierno lo que su conciencia radical le ordenase sin comprometerse con nadie: “¡Que se pierdan mil gobiernos antes de vulnerar la conducta de inflexible austeridad, que ha sido la norma de la trayectoria!” (frase de Irigoyen), a algo semejante, debió ser su respuesta a Montes.

La noche del 15 de mayo se reunieron los directivos del GOU en la inspección de Tropas de Montaña – Santa Fe 2317-, convocados por Perón para oír el informe de Montes. La desilusión fue grande. Al teniente Tomás Ducó le pareció que no quedaba otro arbitrio que “la acción inmediata”, pero predominó la opinión de seguir los contactos con los radicales. “La voluntad de los aquí presentes es la mía” fue el voto de Perón. Las elecciones presidenciales serían el primer domingo de setiembre y no habría por que apresurarse a tomar el camino del miedo⁵.

Al jefe de policía, general Martínez, la llamaron la atención esas reuniones nocturnas de militares, y ordenó la vigilancia de sus concurrentes. Posiblemente tuvo algún informe del viaje de Montes y demás miembros del GOU, se hizo sospechoso, y el teniente coronel González, Secretario General del ministerio de guerra (y figura prominente del GOU) hizo saber a Perón – el 16 – que el jefe de policía había informado que iba a proceder a detenerlo.

A Perón le pareció desdorado que la policía lo detuviera, y se dispuso a defenderse. Sabedores los legistas Mercante, Ducó y Montes, resolvieron acompañarlo. “Sobre la mesa había una pistola y cargadores en abundancia- narra Mercante el episodio-. A eso de las tres de la tarde, después de una angustiosa espera, llamó por teléfono el teniente coronel González, que para entonces era Secretario del ministerio de guerra, y dijo que la orden de detención de Perón había quedado sin efecto”⁶.

Los contactos de los gouistas radicales, siguieron. El teniente coronel González habló con alguno que no fue discreto, pues informó a la embajada norteamericana que “el general Ramírez y un grupo de oficiales en servicio activo se habían acercado a un núcleo radical (...) para indagar el apoyo de ese partido en caso de que se organizara un golpe”⁷.

Cena de González (27 de mayo).

El informe anterior debió ser por la cena ofrecida el 27 de mayo por el coronel Gonzáles a siete diputados y al ministro de guerra, general Ramírez. Solamente que el informante se lo contó mal a Norman Armour, o éste no lo entendió bien. El ministro y el secretario del ministerio no andaban en busca de apoyos radicales para un golpe revolucionario, sino en procura de un candidato radical que se comprometiera a mantener la neutralidad.

⁴ Sabatini, radical intransigente, había demostrado un firme neutralismo; Santiago H. del Castillo, candidato a sucederle en la gobernación, pronunció en la campaña de Entre Ríos, en marzo de 1943, un discurso favorable a la neutralidad que produjo la indignación de los “uninistas” y la réplica, en tono desusado, del candidato radical Laurencena.

⁵ La indiscreción de algunos radicales hizo correr la versión de que el ejército exigiría elecciones limpias, por el sólo hecho de la corrección y no porque el candidato radical debería comprometerse a mantener la neutralidad que muchos opositores a la concordancia así lo creyeron: entre otros el socialista Américo Ghioldi informado – según dijo a Potash – del golpe militar que sería el primer domingo de setiembre así las elecciones no fueran correctas (p. 274, *nota*). Entrevista con Perón de la revista *Panorama* en noviembre de 1973.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Telegrama de Norman Armour a Cordell Hull del 1 de junio de 1943, mencionado pro Potash p. 75, *nota 19*.

Como se había convenido la noche del 15 de mayo, los componentes del GOU siguieron en contactos con dirigentes radicales. Pero a éstos se les hacía difícil entender que unos oficiales que no pasaban del grado de coronel, girasen a todo el ejército y pudieran obligar al presidente a dar elecciones limpias. Para que lo escuchasen de los propios labios del ministro de guerra. González los invitó a cenar en su casa.

El inconveniente era que los radicales no encontraban una figura que pudiera unir a las dos fracciones radicales. Dos de los presentes, los diputados por Buenos Aires Mario Castex y Juan Carlos Vázquez, propusieron una posible solución: que el general Ramírez aceptase la candidatura por el partido radical, que la conversión del partido aceptaría con entusiasmo, pues Castillo no podría hacerle fraude a su ministro de Guerra.

La repuesta de Ramírez fue “ambigua”, dice el dueño de casa⁸. Pero bastó para que los invitados divulgaran por todas partes, indiscreta y satisfactoriamente que Ramírez sería el candidato radical.

Por supuesto se enteró Castillo de inmediato. En una entrevista “tormentosa”⁹, que debió ser el 29 o 30, el presidente exigió una explicación a su ministro. Ramírez negó haber aceptado (pues su respuesta, como dice González, fue “ambigua”), pero no pudo explicar por que andaba entreverado con opositores discutiendo candidaturas presidenciales, cuando había un candidato oficial. Parece que Castillo le reprochó su falta de lealtad, y desde luego, lo comprometió a desmentir por la prensa su posible candidatura.

El 1º de junio, Ramírez publicó un escueto comunicado “desvirtuando que encabezara una fórmula presidencial, haciendo uso, para tal fin, de las prerrogativas del cargo”¹⁰.

Era lo suficientemente impreciso para que quedase en pie su candidatura una vez que no tuviera “las prerrogativas del cargo”.

A Castillo no le gustó. No le pidió la renuncia porque nunca pedía la renuncia a los ministros (y menos a uno de guerra), limitándose a ponerlos en situación difícil para que las presentasen por su cuenta. Como lo hizo con Tonazzi.

El estiramiento del presidente con el ministro, no pasó inadvertido a los periodistas. El 3 de junio corrió la versión de que Ramírez había presentado la renuncia. Esa noche, al regresar Castillo a la residencia de Olivos a las 20 horas, como tenía por costumbre, los periodistas le preguntaron si Ramírez había presentado su renuncia. La respuesta del presidente – difundida por los diarios al día siguiente – fue “el ministro de guerra no ha presentado su renuncia todavía”¹¹. Después cenó con su familia. A eso de las 24 recibió una información extraña: en la Escuela de Caballería de Campo de Mayo estaban reunidos varios jefes del acantonamiento con el secretario del ministro de guerra, teniente coronel González. ¿Qué era eso? Llamó de inmediato al ministro Ramírez (que estaba en su despacho del ministerio) y le ordenó que se presentara de inmediato en la residencia.

Ramírez creyó que lo llamaba para pedirle la renuncia. Con ella en el bolsillo se presentó en Olivos¹². Eran las 2 de la mañana del 4. pero el presidente no había llamado para pedirle la renuncia sino para que le informara sobre al reunión de Campo de Mayo. ¿Que andaban buscando los jefes militares?...¿se encontraban disconformes con algún acto del gobierno?...Que lo dijeran claramente, porque hablando la gente se entiende. Ramírez no pudo decirle nada, porque en realidad nada sabía. Castillo le ordenó que fuera a Campo de Mayo se había levantado en armas o estaba por hacerlo (habían llegado rumores), consiguiese una demora de 24 horas para aclarar todo mal entendió.

Ramírez, que no había tenido ocasión de sacar la renuncia del bolsillo, le expresó su lealtad y se fue a Campo de Mayo.

¿Qué había pasado?

Es que en la mañana del 3, ocurrió uno de esos imponderables que modifican la historia.

⁸ Memorándum del teniente coronel González mencionado por Potash; p. 275.

⁹ *Ibídem*.

¹⁰ *La Nación*, 1 – VI – 943.

¹¹ *La Nación*, 4 VI – 943.

¹² Potash p. 285, dice “uno de los ayudantes había preparado un texto apropiado (de renuncia), pero que por accidente o intencionalmente el documento fue dejado en el ministerio de guerra”, basándose en la información que le dio entonces teniente Augusto G. Rodríguez, ayudante personal de Ramírez. La información de que la llevaba en el bolsillo se desprende de otros testimonios.

A las 10 un periodista amigo del teniente coronel González – Oscar Lomuto, cronista de Casa de Gobierno de *La Razón* – le había dicho por teléfono que el ministro de marina, Fincati, acababa de salir de su ministerio llevándole a la firma del presidente un decreto que “separaba” a Ramírez de su cargo, y lo ponía interinamente a cargo del titular de marina.

No hay constancia de tal decreto, y todo induce a suponer que era un simple rumor. González, sin confirmarlo, lo tuvo pro cierto. Sería el detonante que desencadenaría la revolución del 4 de junio¹³.

González da su “exoneración” a Ramírez, pidiéndole “que lo deje en libertad para tomar contramedidas”¹⁴. No está claro si el ministro de guerra entendió que éstas serían un “planteo” del ejército para mantenerlo en el cargo, o una revolución que derrocara a Castillo antes de firmar el desplazamiento. Ramírez lo dejó en libertad de obrar: la única condición que parece haberle impuesto fue que, en caso de revolución, fuese un general y no el GOU quien encabezase el pronunciamiento¹⁵.

González se puso de inmediato en contacto con Perón (presumiblemente en la oficina de éste en la Inspección de Tropas de Montaña). Perón entiende, como es comprensible, que el desplazamiento sin renuncia de Ramírez no solamente es un agravio al ejército, sino descabeza al GOU que había jurado responder directa y exclusivamente al ministro de guerra. “Ha llegado el momento de actuar” dijo a González¹⁶. Los miembros del GOU que revistaban en la Inspección (general Farrell, tenientes coroneles Mercante, Juan Carlos Montes y Rafael Sarmiento, mayores Serafín Maidana y Fernando González), o la frecuentaban (Miguel Ángel Montes, Tomás Ducó) apoyaron al coordinador. Conjeturablemente se habrá consultado telefónica o personalmente – a los gouistas del “primer escalón”.

La logia estaba en condiciones de levantar al ejército en pocas horas.

Como la 1ª División estaba a cargo de un amigo personal de Castillo, el general Bassi, conjeturablemente se resolvió a iniciar el movimiento con la marcha de Campo de Mayo y Liniers sobre Buenos Aires. Solamente 6 jefes de unidades eran miembros del GOU, pero se descartaba que la magnitud de la ofensa movería a todo el acantonamiento. Los demás gouistas se distribuyeron para informar a los oficiales logistas, especialmente los de la 1ª División y 2 y 3 de infantería, a cuyos comandantes se sabía leales a Castillo, a fin de que desacataran sus órdenes. Antes de iniciar el cometido, Miguel Ángel Montes redacta una proclama revolucionaria que Perón hizo imprimir para repartirla a los oficiales de enlace¹⁷.

La maquinaria marcha como un reloj. Los jefes de Campo de Mayo y Liniers con mando de tropas fueron invitados a reunirse esa noche a las 22 en la Escuela de Caballería donde González llevaría la representación. Del ministrote guerra¹⁸

Totalmente ajeno a la tormenta, Patrón Costas reunía esa tarde a sus amigos para leerles el discurso aceptando la candidatura presidencial que, al día siguiente a las 18 horas, debía proclamar la convención demócrata nacional en el salón Príncipe Jorge “Es éste el momento más solemne y grave de mi vida...”.

¹³ Potash p. 276. basándose en sus conversaciones con el teniente coronel González entiende que el ministerio de marina preparó efectivamente el decreto por orden de Castillo “pero el presidente no habría de firmarlo”. Si Fincati hubiera preparado el decreto la mañana del 3 por orden de Castillo, y lo llevó a la firma, no se entiende por qué Castillo no lo firmara de inmediato. Su actitud llamando a Ramírez a la Residencia de Olivos demuestra que aún lo tenía como ministro. No estaba en la modalidad de Castillo reemplazar de esa manera brusca y agravante a un ministro y menos a un general.

¹⁴ Memorándum citado de González a Potash, ob. cit. p. 278.

¹⁵ *Ibidem*. Entrevista periodística de González en octubre de 1943.

¹⁶ A las 9 de la mañana del 3 de junio de 1943 un periodista de nombre Lomuto, que era conocido mío, me llamó desde el ministerio de marina para avisarme que salía de allí el almirante Fincati con el decreto que daba por terminadas las funciones del general Ramírez, firmado por el presidente Castillo” (hemos visto que esta firma no existió). Enseguida decidimos movilizarnos (...) hablé con Perón y le expliqué la situación: demostrarse en un todo de acuerdo en que había llegado el momento de actuar”. E. Pavón Pereira, *Perón. El hombre del destino* (mencionada publicación de la ed. Abril, fasc. 1)

¹⁷ La proclama fue redactada por Montes. Como veremos era lo suficientemente vaga para que pudiera aceptarla todo el ejército, generales rupturistas inclusive. El objetivo real lo sabía exclusivamente el GOU.

¹⁸ La reunión de los comandantes de Campo de Mayo (de los 14, sólo 4 pertenecían al GOU) fue para resolver la salida del acantonamiento dado el agravio al ejército que el presidente había hecho – o estaba por hacer – al revelar manu militari al ministro de guerra.

No tomaban parte todos los revolucionarios, sino los jefes de Campo de Mayo. No ha faltado quien hiciera un cargo a Perón por no encontrarse presente, pero allí no tenía nada que hacer. Su misión, como la de otros del GOU era movilizar a los gouistas de Palermo y Gran Buenos Aires para que se plegaran al movimiento que empezaría Campo de Mayo. En esos momentos redactaba e imprimía la proclama revolucionaria.

La jefatura del general Rawson

¿Cómo surgió la jefatura del general Arturo Rawson, que encabezó la marcha de Campo de Mayo y asumiría – aunque por pocos días – la presidencia de la República?

Ramírez había pedido que, en caso de decidirse la revolución, fuera un general, y no la logia de oficiales, quien apareciera al frente. La idea del GOU era que correspondía al Inspector General del Ejército, general Martín Gras, tanto por su rango como por su prestigio profesional. Pero gras, verídica o simuladamente, se disculpó pro “encontrarse postrado por una enfermedad repentina”¹⁹.

Debía encontrarse otro general. La logia contaba con uno, Edelmiro Farrell. Pero no fue el Inspector de Tropas de Montaña, sino Arturo Rawson, comandante de la Caballería, quien cumplió el cometido.

González parece que accidentalmente, habló a mediodía con el general Rawson de la *exoneración* del ministro de guerra y el descontento de los militares y, descartadamente, lo invitó a plegarse al movimiento: la oposición de Rawson a Castillo era conocida, y se trataba de un miliar de prestigio y coraje. González no debió ser claro porque Rawson – que nada sabía del GOU – creyó que “ante la renuncia (obligada) del ministro de guerra” debía aprovecharse “la circunstancia de la crisis” para hacer (la propia) revolución. Creerá toda su vida rebuena fe, que “la revolución fue efectivamente precipitada por mí”²⁰.

No pudo hablarle González de encabezar el movimiento porque no estaba autorizado para ello, y en esos momentos (primeras horas de la tarde) en la Inspección de Tropas de Montaña se creía que el general Gras saldría al frente de las tropas, si la insistencia de Castillo en desprenderse de Ramírez obligaba a deponerlo. Simplemente informó a Rawson de un “malestar en el ejército” y el general creyó que el secretario del ministro de guerra lo invitaba a hacer una revolución²¹.

Desde ese momento Rawson obró como jefe de una revolución. Visitó a Ramírez en el ministerio de guerra, que le confirmó de su deposición, como también de que personalmente no tomaría decisión alguna, porque eso incumbía a los camaradas. González habrá dicho a Rawson que Farrell y Perón estaban dentro de los militares descontentos, porque del ministerio Rawson fue a la Inspección de Tropas de Montaña para comprometerlos en “su” revolución, y también debió comprometer a sus elementos propios (el general Mason, y los almirantes Sabá y Benito Sueyro, con quienes “conspiraba” en el Hotel Jousten)²².

“En la tarde de esa fecha (3 de junio) – dirá años después Rawson – invitó accidentalmente a participar del mismo (su golpe) a Perón y Farrell que “se excusaron de intervenir” (amablemente Farrell se disculpó “alegando asuntos de orden privado”)²³.

El almirante Benito Sueyro, comandante de la Flota de Mar, se encontraba en esos momentos en Puerto Belgrano: Farrell lo informó de la “revolución” por su hermano, el almirante Sabá Sueyro, director de Material de la Armada, y parece que encargó a éste que se apoderase del ministerio de Marina.

La reunión en la Escuela de Caballería (noche del 3)

Los comandantes de Campo de Mayo (tres coroneles: Elbio Anaya, jefe de acantonamiento, Eduardo Avalos, director de la Escuela de artillería y Emilio Ramírez, director de la Escuela de Suboficiales; seis tenientes coroneles con mando en unidades: (Leopoldo Ornstein de la Escuela de Caballería, Anibal Imbert de Comunicaciones, Rodolfo Rosas y Belgrano subdirector de la Escuela de Infantería²⁴, Héctor Nogués de la de Defensa Antiaérea, Antonio Carosella del 1º de Caballería y Ronaldo Araoz del 10º de la misma arma); un teniente coronel con mando de tropa llegado expresamente de Liniers (Indalecio Sosa

¹⁹ E. Pavón Pereira *Perón...*, cit. fasc 11. dice el entonces mayor Heraclio Ferrazano miembro del GOU: “El general Gras, inspector general del ejército, me había dado la noticia de que se iba a producir un movimiento militar del que él iba a ser el jefe, pero que una enfermedad repentina, que lo tenía postrado, le impedía asumir el puesto”.

²⁰ “La revolución fue efectivamente precipitada creyó Rawson, y lo repitió siendo embajador en Río de Janeiro en un reportaje de La prensa del 7 – XII – 943...ante la noticia de la renuncia del ministro de guerra para aprovechar la circunstancia de la crisis”.

²¹ Según una versión la entrevista de González con Rawson fue puramente accidental al encontrarse ambos almorzando en el restorán El Tropezón. Rawson creyó que González, secretario del ministerio de guerra, le pedía que, aprovechando la situación de crisis “hiciera la revolución” de la que el comandante de la Caballería hablaba libremente. “Es evidente – entiende Potash – que ninguno de estos hombres fue totalmente franco con el otro” p. 279).

²² Reportaje en La Prensa, el 7 – XII – 943.

²³ Reportaje en *La Nación*, 14 – XI – 966. también en G. Guemes, ob. menc. P. 183. respecto a lo que dice Güemes sobre las negativas de Farrell y perón de plegarse a la revolución “de Rawson” (y el pretexto del primero) – que repite algún civil amigo de Rawson – debe comprenderse que era la actitud lógica de revolucionarios que no podían revelar su propósito a un militar extraño a su logia.

²⁴ Rosas Belgrano era jefe interino de la unidad por ausencia de su jefe el coronel Mascaró.

del 8° de Caballería), y tres tenientes coroneles sin mando directo (González, secretario del ministerio de guerra, Fernando Terrera jefe de Estado Mayor de Anaya y Carlos Vélez, ayudante de González) se reunieron a las 22 horas en la Escuela de Caballería de Campo de Mayo para informarse de la situación y resolver la actitud del acantonamiento.

Seis de los diecisiete eran del GOU (Emilio Ramírez, Imbert, Rosas y Belgrano, Sosa, Gonzáles y Vélez): dos estaban calificados por el GOU como “dudosos” (Anaya y Avalos); y uno (Ornstein) era abiertamente liberal²⁵. Los demás no estaban clasificados.

Gonzáles informó la producida, o inminente, exoneración del ministro de guerra. A todos les pareció que era un agravio al ejército, y Campo de Mayo debía ponerse en pie de guerra para sostener al ministro y en caso necesario derrocar al presidente. A medianoche llega la proclama redactada por Montes y que Perón había hecho imprimir que debería distribuirse en caso de “salir a la calle”. Como se descartaba no se encuentran objeciones, y es aprobada.

La mayoría de los jefes se retiran para “poner en pie de guerra” sus unidades por si se da la orden de marcha. No todos tienen un cometido fácil: Rosas y Belgrano deben levantar la Escuela de infantería en ausencia de su director, coronel Mascaró; y Sosa sublevar o anular al vecino regimiento de Ciudadela, cuyo jefe es decididamente legalista. Dice Postash que “es notoria la ausencia de Perón”²⁶. Nada tenía que hacer en una reunión de mandos donde se resolvería la actitud de Campo de Mayo. Por otra parte en esos momentos el “primer escalón” (fuera de Emilio Ramírez y Gonzáles, ocupados en Campo de Mayo) informaba a los miembros del segundo, y éstos a los subsiguientes que no militaban en Campo de Mayo, el “estado de alerta” decidido por la logia.

La enemistad de los informantes del escritor norteamericano, lo hace aceptar que “no fue posible encontrar en ninguna parte a Perón esa noche” y deduce que debió ocultarse.

Proclama revolucionaria

Es un documento *ad usum militaris*, que invoca el supremo derecho de las armas de tutelar los sagrados intereses de la patria, contra el fraude, la venalidad, el peculado y la corrupción. Fuera del “fraude”, lo mismo decía la de 1930 solamente que con signo distinto. Pero en 1930 las armas equivocaron el remedio, y dieron origen a la década infame: ahora devolvían al pueblo sus derechos y garantías conculcadas. No era la primera, ni será la última vez: en 1955, 1962, 1966, 1976, las equivocaciones y los remedios se sucedieron sin mellar “la misión y esencia de las fuerzas armadas”.

La proclama de Montes de 1943, como la Lugones en 1930 era un tejido de buenas intenciones que cumpliría el *supremo derecho tutelar*. Lugones quería sinceramente una revolución, pero debió resignarse a que la diplomacia de Sarobe la corrigiera; tal vez Montes quisiera una revolución a la manera de las *Noticias* del GOU, y el buen tino de Perón habrá téstado- y agregado- lo más conveniente para sumar voluntades, que es solo objeto de las proclamas. Cumplido el objetivo se echan al cajón de los desperdicios, y queda la “revolución”.

Decía la proclama de Montes y Perón:

“Las FF. AA. de la Nación, fieles y celosas guardianas del honor y tradiciones de la Patria, como asimismo del bienestar, los derechos y libertades del pueblo argentino, han venido observando silenciosa pero muy atentamente las actividades y el desempeño de las autoridades superiores de la Nación. Ha sido ingrata y dolorosa la comprobación. Se han defraudado las esperanzas de los argentinos adoptando como sistema la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción. Se ha llevado al pueblo al escepticismo y a la prostración moral, desvinculándolo de la zona pública explotada en beneficio de los siniestros personajes movidos por la más vil de las pasiones.

“Dichas fuerzas, conscientes de la responsabilidad que asumen ante la historia y ante el pueblo, cuyo clamor ha llegado a los cuarteles, deciden cumplir con el deber de esta hora que les impone SALIR EN DEFENSA DE LOS SAGRADOS INTERESES DE LA PATRIA”.

“PROMULGAMOS la honradez administrativa, la unión de todos los argentinos, el castigo de los culpables y la restitución al Estado de todos los bienes mal habidos.

“SOSTENEMOS nuestras instituciones y nuestra leyes, persuadidos que no son ellas sino los hombres quienes han delinquido en su aplicación.

“ANHELAMOS firmemente la unidad del pueblo argentino, porque el ejército de la patria que es el pueblo mismo, luchará por la solución de sus problemas y la restitución de derechos y garantías conculcadas.

²⁵ Se desprende de las clasificaciones de militares que hacía el GOU, publicadas por F. Chávez ob. cit. y E. pavón Pereira, ob. cit.

²⁶ Ob. cit. pp. 281/82

“LUCHAREMOS por mantener una real e integral soberanía de la Nación, por cumplir firmemente el mandato imperativo de su tradición histórica; por hacer efectiva una absoluta, verdadera y leal unión y colaboración americana y cumplimiento de los pactos y compromisos internacionales”²⁷

Llega Rawson

A eso de las tres de la mañana llega Rawson a la Escuela de Caballería. Se ha enterado de la reunión de mandos, y viene a asumir la jefatura de la revolución. Desde que llega obra como tal; y quienes quedaron en la Escuela- coroneles y tenientes coroneles- lo aceptan porque es hombre de prestigio y de excelentes prendas morales. Y sobre todo es general.

Gonzáles y su ayudante Vélez no se encuentran. La mayor parte de los miembros del GOU se han ido a cumplir sus cometidos.

Suena el teléfono. Es el general Bassi jefe de la 1ª. División (Palermo), que ha sido informado de la reunión en la Escuela de Caballería. Dice que quiere hablar con el oficial de mayor graduación de los reunidos, y Rawson toma el tubo. Se da a conocer. Bassi : “Quiero por su intermedio llamarlos a la prudencia”. Rawson : “Nuestra decisión es irrevocable, y sabemos que la sangre puede ser el precio que hemos de pagar, ya que suponemos que no nos han de recibir con flores”²⁸.

Nadie ha hablado de un enfrentamiento ¿pero de qué otra manera – habrá pensado Rawson- puede tomarse el poder? Es que todo es una comedia de equívocos: Bassi es amigo personal de Castillo y su gestión ha sido puramente personal. Las enérgicas y terminantes palabras de Rawson, a quien tienen por jefe de la revolución, demuestran a los comandantes de Campo de Mayo que no hay arreglo posible.

Poco después llega el general Ramírez, que viene, con retardo, a cumplir la misión encargada por el presidente: demorar 24 horas todo apresto a fin de “arreglar el mal entendido”. Desconcierto de los comandantes, que miran a Rawson. Pero el general no acepta “la capitulación”: no hay nada que parlamentar; Castillo debe irse....y si se encontraba oposición tendría que correr sangre”²⁹.

Ramírez se desconcierta y no atina a coordinar una respuesta. Pero su sola presencia, y la misión encomendada, son suficientemente elocuentes. La deposición de Castillo no tiene objeto, pues no ha retirado su confianza al ministro: la noticia de su reemplazo debe haber sido un apresuramiento ¿se sale o no se sale? Anaya , como comandante de Campo de Mayo, pide órdenes al ministro de guerra. Ramírez calla. “Denle otro whisky al viejo a ver si se decide” aconseja el yerno de Ramírez , capitán Filippi, que la ha acompañado.

“Se respiraba un ambiente recargado de humo y nerviosismo, movíanse los complotados de una habitación a otra tratando de ver el modo de convencer al ministro que no se decidía a dar la venia para salir con la tropa” dice Orona ³⁰.

Los preparativos estaban terminados. La tropa formada con sus armas. En los demás acantonamientos el GOU se ha movido con eficiencia. Se tiene la certeza de que la 1ª división no obedecerá a Bassi, se ha conseguido que El Palomar y el colegio Militar “jueguen de espectador”³¹. Sosa se ha impuesto a los oficiales de Ciudadela; Miguel Ángel Montes ha convencido a su amigo , el coronel Ambrosio Vago (radical como él) que se pliegue con la Escuela de Mecánica que dirige, no obstante sus notorias simpatías liberales; los oficiales del Arsenal (que pueden anular el Departamento de Policía) han sido trabajados por el GOU.

Por su parte Rawson ha informado que Benito Sueyro , jefe de la Flota de Mar, se ha plegado telefónicamente desde Puerto Belgrano, y que ha encargado a Sabá Sueyro , director del Material de la Armada, se imponga en el ministerio de marina.

Será un levantamiento total de las Fuerzas Armadas. No podrá haber resistencias efectivas. Los pocos jefes legalistas han perdido el control de las unidades o divisiones. No correrá sangre.

El ministro toma un último whisky y da la orden. Se abren los portones de Campo de Mayo y la tropa se pone en marcha con Rawson a su frente. Ramírez que no quiere avalar la insurrección con su presencia, y se vuelve a Buenos Aires a dar cuenta al presidente del fracaso de su gestión. Son las 6 de la mañana.

Diez mil hombres de las tres armas convergen hacia Buenos Aires desde Campo de Mayo, Liniers y Ciudadela. Son las 6 de la mañana.

En Olivos

²⁷ Nótase la influencia de los libros de J. L. Torres, especialmente su última carta a Culaciatti.

²⁸ M. De Lezica, Recuerdos de un nacionalista, (ed, Astral, Bs. As. 1968) p. 135.

²⁹ Ramírez insistió a Rawson “que no se derramase sangre” (Potash, p. 286).

³⁰ J. V. Orona, La Logia militar que derrocó a Castillo. (Bs. As, 1966) pp. 32 y sgtes. (reproducida por Díaz Araujo, ob. cit. p. 194)

³¹ Ibídem. Díaz Araujo dice que González había sido mandado por Rawson al Palomar para saber si se opondría al movimiento.

Castillo espera en la Residencia el regreso de Ramírez. La casa se ha llenado de ministros y altos funcionarios, porque la versión de que existen dificultades en Campo de Mayo, ha corrido por la ciudad. Aunque nadie sabe nada en concreto.

Pasa el tiempo y no regresa Ramírez. El general Ángel Zuloaga, amigo personal de Castillo, se comide a ir a aCmpo de Mayo “ a ver lo eu pasa”. Bassi, desde Palermo, ha dado informes desconcertantes: nada menos que Rawson en Campo de Mayo y “quiere pelear”.

Castillo no puede convencer de que sea una “revolución”. ¡Si todo estaba tan tranquilo el día anterior! Está seguro que quedará aclarado con el regreso de Ramírez. Pero por las dudas nombra al Cuartel maestre General, Rodolfo Márquez, jefe de la represión. La presencia de Rawson (cuya conspiración no ignora) lo tiene con cuidado.

A las 5, acompañado de los ministros Culaciati y Amadeo Videla, visita la división Palermo, donde el general Bassi le asegura que todo está en orden. Las palabras que telefónicamente le dijo Rawson sólo pueden tomarse como bravatas, propias de su carácter; en Palermo no hay síntoma de sublevación y los oficiales y conscriptos duermen apaciblemente. Tan seguro está de que no pasa nada, que invita a los gobernantes con un café.

A poco llega Zuloaga a Palermo. Campo de Mayo está movilizado, no sabe si por gestiones de Rawson. Ha hablado con éste, que sigue resuelto a venirse sobre Buenos Aires al frente del acantonamiento, pero tropieza con el inconveniente de que los comandantes obedecen al ministro Ramírez, y sin su orden no se podrán en marcha. Ramírez, el ministro de Castillo, y no Rawson, el conspirador, es el dueño de la situación.

Son las 5. 40. castillo y los ministros se trasladan a la Casa de Gobierno. El ministro de marina Fincati y el jefe de policía Martínez, le transmiten su lealtad. La base de El palomar y el Colegio Militar (los focos revolucionarios del 6 de septiembre) están tranquilos, como Palermo y las guarniciones del interior, le hace saber el general Rodolfo Márquez. El único problema es la presencia de Rawson en Campo de Mayo, pero las unidades responden a sus jefes naturales. No hay cuidado.

A las 7 arriba al despacho presidencial. De pie, e impávido como era habitual, informa que no ha podido cumplir su orden y “las tropas están saliendo de Campo de Mayo”³². Castillo lo increpa; ordena a Márquez que lo arreste. Ramírez acata, y mientras Márquez lo lleva a una dependencia de la Casa, dice al jefe de la represión: “La situación es grave. Rawson está dispuesto a luchar. Patrióticamente debe evitarse todo derramamiento de sangre”³³.

En la ciudad

Desde media noche saben los porteños que algo pasa en Campo de Mayo, pero no ha trascendido a Palermo, ni a la policía, ni al Arsenal, aparentemente tranquilos. Los rumores vienen de las redacciones de los diarios, y llegan a las mesas de los cafes donde no faltan radicales o nacionalistas con relaciones en el ejército que se dicen enterados de los que pasa.

Jaureteche, informado por el coronel Pomar de que “se prepara una revolución radical”, ha juntado a su s muchachos en el sótano de FORJA provistos de boinas blancas y capitaneados por Darío Alesandro, a fin de dar un marchito radical, si viene los revolucionarios.

Pero antes de las 6 – cuenta - fue a buscar informes al restorán Edelweiss, de la calle Libertad, habitual reunión de nacionalistas y forjistas. Encontró a los hermanos Irazusta que esperaban la revolución de Menéndez. “Dejé dilatar la conversación – dice el líder forjista – hasta que una persona que había citado me confirmó la noticia esperada (que las tropas salían de Campo de Mayo) con una señal. Entonces les dije a los Irazusta: “En este momento están saliendo las tropas sublevadas ¡pero es otra revolución! No se me habrá perdonado la sobrada, pero sobre todo, lo que no han perdonado es a quienes hicieron una revolución sin consultarlos”³⁴

³² Según una versión Culaciati extrajo, o intentó extraer, un revolver contra Ramírez, pero el general Márquez lo contuvo.

³³ J. V. Orona, ob. cit. p. 58.

³⁴ A. Jaureteche, Los profetas del odio, (ed. Trafac. Bs. As. 1957) pp. 85/86.

La marcha sobre Buenos Aires

A las 9.25 Rodolfo Márquez informa a Castillo que no era posible resistencia al alud que se desplomaba desde Campo de Mayo: “Me han entregado la defensa demasiado tarde”. Bassi es abiertamente desacatado en Palermo, la aeronáutica y el Colegio Militar no se mueven. Solamente el Departamento de Policía está en pie de guerra para defender al presidente. Castillo ordena a Bassi y a Martínez que suspendan las medidas defensivas. Serían inútiles. Dice a sus ministros presentes que se embarcará en el rastreador *Drummond*, que desde las 6 calienta sus calderas en la dársena D. entienden que la Marina es legalista, y espera el apoyo de las guarniciones del interior. Invita a los ministros a acompañarlo.

Estos, va a sus casas a buscar ropas de abrigo dado el intenso frío de esa mañana de junio.

Castillo, acompañado de sus hijos y de amigos políticos y personales que quieren despedirlo, va a la dársena D³⁵. Se embarca en el rastreador; los ministros llegan con tanto retardo que uno de ellos – Culaciati – debió ser izado cuando el buque estaba en marcha.

Las tropas de Campo de Mayo llegan a la avenida Circunvalación (General Paz), y de allí se desplazan hacia el río. Las de Ciudadela y Liniers entran por la calle Rivadavia ; las del Arsenal circundan el Departamento de Policía⁸ que tiene orden de no resistir).

La último que se sabe de Rawson , que es amigo personal del jefe de policía y sabe “que el general Martínez no es de esos que arrear con maneador”³⁶. Desde un puesto telefónico habla con Martínez; pero éste le hace saber “que tiene órdenes de que la policía no haga fuego contra el ejército”, y espera en su despacho que venga la persona autorizada para entregar el cargo³⁷.

Rawson ordena al coronel Julio César Mendoza recibir el Departamento. El inconveniente mayor está superado. Martínez pone a Mendoza en posesión, y al retirarse dirige a la guardia (que con las armas preparadas custodian el edificio) una “arenga” que arranca aplausos.³⁸ Previamente había ordenado que se abandone la custodia de la Plaza de Mayo. Agradecido Rawson le ofrecerá el ministerio de relaciones exteriores, que Martínez después de algunas dudas acabará por aceptar.

En Palermo, Bassi, antes de recibir la instrucción de Castillo, había intentado algunos piquetes defensivos. Los hará retirar y avisa a la columna revolucionaria que se acerca por avenida Alvear (Libertador)- previa reiteración de su legalismo y lealtad a Castillo- que el camino está libre ; y él esperará en su puesto que lo vengan a relevar.

Antes de saber la comunicación de Bassi, Rawson había dividido sus tropas en dos columnas: una marchaba por la actual Libertador, la otra por Cabildo, a fin de tomar entre dos fuegos los cuarteles.

A la columna que marchaba por la avenida Alvear (Libertador) le ocurre el único y grave percance de la jornada. Al enfrentar la Escuela de Artillería de Mecánica de la Armada , se producirá inesperadamente un combate con un saldo de 70 víctimas entre tropas, oficiales y público que acompañaba la marcha.

Nunca se aclaró bien lo ocurrido (que yace entre los legajos secretos de las FF.AA.).

Parece que Rawson creía que el almirante Sueyro había pronunciado a la Marina, pero el capitán de navío Fidel Anadón, director de la Escuela de Mecánica, no estaba enterado de nada y puso ametralladoras en resguardo del edificio, al acercarse una tropa cuyos propósitos ignoraba. “Parece” que el coronel Avalos, al cruzar la Escuela de Artillería, le intimó con tono perentorio, que retirara ese armamento.

Ya había desfilado gran parte de la columna revolucionaria sin que las ametralladoras navales lo impidieran: su misión era defender un edificio de la Marina, y Anadón no quería meterse en las columnas del Ejército mientras el Ejército no se metiera en las suyas.

“Parece “ que la orden perentoria de Avalos lo molestó (algunos hablaron de una amenaza del jefe de tierra). Anadón ordenó abrir fuego con sus ametralladores (el edecán de Avalos cayó muerto al lado de su jefe); y Avalos respondió con andanadas de sus cañones quince minutos de fuego graneado hasta que Anadón levantó bandera blanca, sea porque recibió orden de su ministerio de hacerlo, o porque haber resistido quince minutos con un puñado de marineros contra la Escuela de Artillería, le pareció suficiente para dejar a salvo el decoro de la Armada.

³⁵ Debe destacarse el gesto de Robustiano Patrón Costas y Manuel de Iriondo que fueron a acompañar a Castillo no obstante el naufragio de sus candidaturas. También la presencia de Matías Sánchez Sorondo, Antonio Santamarina, Gustavo Martínez Zuviría, Jorge Gradián, Eduardo Colombres Mármol (h), Carlos Alberto y Julio Pueyrredón, que según *La Prensa* estaba entre las escasas personas que no olvidaron al mandatario caído.

³⁶ G. de Güemes ob. cit. ; 33

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ *Ibidem*., p. 35.

La marcha siguió, a medio día la columna revolucionaria llegó a la altura del viejo Tiro Federal, donde Anaya ordenó rancho y descanso. Rawson se adelanta al Círculo Militar donde un grupo de amigos lo esperaba a almorzar (la radio informa de la marcha revolucionaria, y daba su nombre como jefe). Después del rancho y una hora de siesta. Anaya ordena seguir la marcha.

En la Plaza de Mayo

Desguarnecida de policías, la plaza es un hormiguero de gente. Nadie sabe de que se trata, pero la curiosidad por “ver” una revolución es mucha.

Las posiciones son discordes. Un grupo de comunistas trae un gran arco de flores con la leyenda “¡Viva el ejército democrático!” debajo del cual esperaba que desfilen los guerreros que vienen a sacar al nazi Castillo; también intentan incendiar las publicaciones nacionalistas –*Cabildo, Momento Argentino* – que defienden los jóvenes de la alianza, éstos consiguen finalmente imponerse, y empieza una destrucción constante de los ómnibus de la Corporación de Transportes.

En una esquina el general Juna Bautista Molina habla de “los fines de la Revolución”³⁹. Jauretche informa de que las tropas vienen por Rivadavia (efectivamente lo hacían las columnas de Ciudadela) ha llevado a sus trescientos forjistas de boinas blancas a la plaza del Congreso. En la explanada de la Casa de Gobierno que da a Rivadavia, esperan a Rawson generales y almirantes retirados de todas las extracciones: Ramón Molina, Abel Renad, coronel Pélleson, general Villanueva, Carlos Márquez, Abel Miranda. Las fotografías no registran civiles de significación.

La embajada alemana quema sus papeles porque supone que se trata de reacción contra la neutralidad, y empezará una época de hegemonía norteamericana⁴⁰.

La norteamericana, reseñada, conjeturalmente, por radicales, había anunciado a Washington una “revolución democrática” para setiembre, informa ahora que el golpe militar “no se haría desencadenado” si los radicales no les hubieran asegurado “el apoyo moral del país”⁴¹.

Entre quienes desconfían está Federico Pinedo que esa tarde (del 4) pese “a la hojarasca de las declaraciones y manifiestos revolucionarios” advirtió que “se trata de un movimiento nazi”⁴².

Sin esperar el grueso de las tropas revolucionarias que marchaban por avenida Alvear (Libertador) y Santa Fe, hasta hacer alto en las inmediaciones de la plaza San Martín, Rawson entró a las 15 en la Casa de Gobierno como dueño por derecho de conquista. Nunca había oído hablar del GOU y atribuía a su prestigio personal, y buena suerte, el buen resultado de la revolución. Los amigos que lo esperaban en la explanada lo recibieron con los correspondientes plácemes y con ellos subió las escaleras hasta el despacho que acababa de abandonar Casillo.

Y se sienta en el sillón presidencial

¿Y el GOU?...La primera medida de los logistas había sido poner en libertad a Ramírez. Están en la casa de gobierno los oficiales de la logia que no tenían mando de tropas (González, de la Vega, Guillemtuguy, Solís y Filippi de ministerio de guerra; Farrell, perón, Mercante, Montes, Fernando González de la Inspección de Tropas de Montaña; Zucal, Uriondo, Ferrazano, Aploinario López, de la Inspección General). Quienes mandaban tropas venían con las columnas o estaban retenidos en los cuarteles.

¿Es hora de despertar a Rawson de su sueño?...Pero ¿a quien poner en la presidencia?...¿Ramírez? El ministro de guerra que reemplaza su presidente daría pobre imagen de la Revolución; además ha andado a los tumbos entre sus vinculaciones con el GOU y la lealtad que debía a Castillo.... ¿Un triunvirato de Rawson, Ramírez y algún almirante? Propone alguno⁴³.

¿Pero cómo desengañar a Rawson que en esos momentos, resplandeciente de satisfacción y orgullo, recibe felicitaciones sentado en el sillón presidencial?...Al fin y a cabo GOU no ha desencadenado la Revolución para poner un presidente, sino para mantener el ministerio de guerra...

Llegan los jefes de Campo de Mayo (Anaya, Avalos, Ornstein, Nogués) que abrazan efusivos a Rawson; llega el almirante Sabá Sueyro que ha tomado posesión del ministerio de marina (un ala de la Casa de

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ Potash ob. cit. p. 290.

⁴¹ *Ibidem*. despacho de 14 – 6 – 943.

⁴² *En tiempos de la República* 1, 193.

⁴³ Versión recogida, entre otros, por Güemes, Orona y Díaz Araujo.

Gobierno). Llega el liberado Ramírez acompañado de González y el primer escalón del GOU, que es vitorado como ministro de guerra. Al fin y al cabo, por su orden salió el ejército de los cuarteles.

Rawson abrazó emocionado a Ramírez, lo que significaba (para ambos) el espaldarazo consagratorio. Acto seguido designó (de palabra) a González como Secretario de la Presidencia, agradeciéndole que hubiera sido quien le informó el malestar del ejército y lo invitó a la revolución ¿No es suficiente para el GOU?

González consigue despejar la presidencia, porque ha llegado la hora del trabajo. Por voluntad propia, o instruido (posiblemente por el GOU, Ramírez alcanzará un decreto al novel presidente que llena la vacantes producidas en el comando de la 1ª. División y jefatura de los regimientos 2º y 3º, por la lealtad de sus jefes a Castillo: Farrell irá a la comandancia de Palermo, con Perón como jefe de estado Mayor, Eyzaguirre al regimiento 2º y Ducó al 3º. Todos hombres del GOU; se hace necesario llenar la jefatura de Policía y González propone al coronel Emilio Ramírez. Otro hombre del GOU.

Renuncia de Castillo

Embarcado en el *Drummond*, porque Fincati le aseguró su lealtad, y creyó que el “pronunciamiento” de Rawson no pasaba de Campo de Mayo, y sólo lo había posible la ineptitud de Ramírez, Castillo no tardaría en desengañarse. Fincati era leal, pero no lo era la marina, y ésta no se jugaría por causas ajenas. Y además perdidas las noticias que llegan al rastreador no son buenas: entusiasmo en la plaza de Mayo, en el círculo Militar, en el Centro Naval, las guarniciones del interior felicitan a Rawson.

El *Drummond* ancla en medio del río: su comandante teniente de navío Piva pide órdenes. Breve deliberación del gabinete: dados los términos de la proclama revolucionaria algunos ministros consideran prudente refugiarse en el Uruguay. Pero Castillo quiere volver a Buenos Aires: tienen la conciencia tranquila y puede responder de cada uno de sus actos. Se niega a que un navío de guerra argentino, que aún alza un gallardete del presidente de la República, entre en aguas uruguayas: esperará en el canal que cruce, a la madrugada, el buque de la carrera a Colonia donde trasbordarán los ministros más temerosos. Realizada la operación, ordena al comandante que baje el gallardete presidencial, y lo deja en libertad de suponer el rumbo. Está más cerca el puerto de La Plata, y hacía él va el rastreador. A las 12.05 (del 5) atraca en el dock central de La Plata donde esperan su llegada el general Diego Manson en representación del general Rawson y un grupo de oficiales de la guarnición local. No se trata del recibimiento de protocolo a un ex presidente, sino de conminarlo a que cumpla una formalidad que los militares entienden necesaria: que entregue la renuncia del cargo.

Castillo (pantalón de fantasía, sobretodo y sombrero negro) sonrío, y los acompaña el regimiento 7. Pregunta socarronamente si debe dirigirla al congreso; le dicen que ha sido disuelto. Entonces no la dirige a nadie. Traza dos líneas que entrega a Mason. El general le informa que está en libertad y puede disponer de su persona. Alguien recuerda que en ese mismo cuartel firmó Yrigoyen su renuncia trece años atrás. “Al fin voy a poder descansar, hace trece años que no tengo un día de descanso”: Son las 13.15. Su hijo lo lleva en automóvil hasta la Residencia, donde recoge su familia y sus cosas⁴⁴.

⁴⁴ Culaciatti, que regresó en el *Drummond* con Castillo, fue mandado a la cárcel de Las Heras hasta que se explicaran las acusaciones formuladas por José Luis Torres. En el momento que entraba a la penitenciaría, salía Torres detenido por orden del entonces ministro del interior.